



Arquitecto. Crítico de arte y arquitectura (andfer1@gmail.com).

## San José: de lo rural ¿a lo urbano?

..... || **Andrés Fernández** .....

**A** finales del siglo XIX, la pintura profana daba sus primeros pasos en Costa Rica. De ese momento, nos queda un doble testimonio del papel que la imagen de la ciudad, y por lo tanto de *lo urbano*, jugaba en el imaginario social imperante entonces en relación con *lo rural*, tan cercano todavía, tanto en términos físicos como de representación de lo deseable. En el primer caso, se trata de un pequeño óleo de quien puede considerarse el pionero de la pintura costarricense; en el segundo, de una obra de gran formato de un consolidado pintor alemán de paso por el país; ambas, eso sí, comparten como referente a la ciudad de San José.



Ezequiel Jiménez. *Casa de adobes* (hacia 1887). Óleo sobre papel, 26 x 32 cm. Colección del Banco Central de Costa Rica.



Volver al índice



G. Langenberg. *Paisaje de San José* (1891). Óleo sobre tela, 89 x 211 cm. Colección del Banco Central de Costa Rica.

Refiriéndose a ellas, sostiene Rojas (1990, p. 64.): “La dicotomía del paisaje ciudad-campo queda bien entendida cuando comparamos la casa de adobes que pintó Ezequiel Jiménez en 1887 y la vista panorámica de la ciudad de San José de 1891, hecha por el pintor alemán G. Langenberg. Cuando se observan simultáneamente ambos cuadros, se puede apreciar, por el formato, cómo en (...) Jiménez el paisaje revela cierta intimidad, mientras que, en el de Langenberg, lo impresionante de la panorámica refleja el crecimiento urbano”.

En su ya clásica obra, Mumford (1979) apunta cómo, en el arte mesopotámico, la ciudad se hace visible, adquiere imagen, solo cuando está cabalmente desarrollada, es decir, cuando está dedicada tanto al control interno (*Kulturstand*) como al predominio externo (*Polizeistand*). En ese sentido, el cuadro de Langenberg —una vista desde el actual Parque Nacional— es la mirada ajena que visibiliza y objetiva el crecimiento

capitalino, notorio tanto en la mancha urbana como en los edificios que la destacan; mientras que la de Jiménez —una vieja casa colonial ubicada al extremo sur de la calle Central, donde está hoy la Maternidad Carrit— es la subjetiva resistencia del local a dicho crecimiento

y a sus implicaciones humanas.

En estas líneas, partiré de que la premisa de Mumford para deslindar la dicotomía *ciudad-campo*, válida para el origen del proceso civilizatorio más antiguo hasta ahora conocido, es susceptible de aplicarse también a la génesis de tal proceso en el llamado Valle Central de Costa Rica, y más concretamente a San José, la ciudad centro y eje del país. Como arquitecto e investigador, considero que las implicaciones que de ello se desprenden para la comprensión del proceso histórico que llevó al abandono de la ciudad capital por parte de sus habitantes usuales desde mediados del siglo XX, como reflexivo prólogo a un posible y deseable proceso de re-poblamiento de dicha área urbana, son tanto o más necesarias e interesantes que cualesquiera propuestas que en ese sentido puedan hacerse por ahora.





Comparación proporcional de las ciudades obras de Jiménez y de Langenberg.

Como anota Bustamante (1996), en la misma época en que aquellos dos cuadros daban tan disímil visión del mismo objeto, Ferdinand Tönnies (1855-1936) publicaba su obra *Comunidad y sociedad*. En ella, el sociólogo alemán planteaba cómo la *comunidad* –rural u orgánica– se caracteriza por las relaciones sociales de tipo personal y afectivo, representadas por instituciones sociales como la familia; mientras que en la *sociedad* –urbana o artificial– dichas relaciones son impersonales y racionales, y su institución representativa es la fábrica, base de una división social del trabajo más compleja que la producida por el campo, división que a su vez separa a ambos tipos ideales de relación.

El paso de una a otra, ciertamente, era la circunstancia josefina por entonces, al igual que la de toda Hispanoamérica. No obstante, tanto aquí como allá, no se trataba solo de una sustitución, sino también

de un complejo enriquecimiento de la vida psíquica: en el pueblo, el ritmo de vida no solo es más lento y habitual, sino que la imagen sensorial y espiritual de la vida fluye más regularmente; en la ciudad, al contrario, el veloz e incesante cambio de impresiones, internas y externas, intensifica la vida nerviosa y contribuye por eso al enriquecimiento de una imagen individual y disgregada de la misma (Bustamante, 1996). Así, el paso de la *individualización* sociológica a la *individuación* psicológica, y la inseguridad que tal proceso despierta en el ser humano, está en la base misma de la dicotomía existencial campo-ciudad, evidente en las dos obras que sirven de pretexto a estas líneas.

Por la misma razón, y al igual que en la pintura, en la naciente literatura costarricense se siente una significativa nostalgia por las sentimentales relaciones sociales de la vida rural, que se percibía como desapareciendo ante el embate de lo

urbano. Al respecto, Quesada Soto (2008, pp. 18-19) apunta: “No obstante, las fronteras que demarcan los límites entre la incipiente urbe y los cafetales y potreros aledaños eran difusas; las costumbres y paisajes urbanos no se distinguían netamente de las tradiciones y parajes rurales que los circundaban y complementaban; la mentalidad urbana y los discursos de la modernidad letrada no habían roto por completo sus ligámenes con las culturas orales, la mentalidad rural, y los valores tradicionales o campesinos: si bien la ciudad se percibe como un campo de fuerzas e intercambios sociales distinto del mundo rural y campesino, lo que predomina en el imaginario cultural de los josefinos de principios de siglo [XX], es más bien una compleja red de oposiciones e interrelaciones que enlaza, y separa al mismo tiempo, la incipiente metrópolis y su entorno rural, la tradición y el progreso”.

Ese trasfondo campesino en el *ser* del costarricense del Valle Central —el denominado *tico* con toda propiedad, por su gentilicio cultural— ha sido anotado, sin excepción, por los textos clásicos de nuestra sociología, desde Rodríguez Vega (1953) y Cordero (1964), hasta Barahona Jiménez (1975) y González Dobles (1995), pasando por supuesto por la mirada del *otro*, que sería la de Láscaris (1975), sin dejar de lado algunos interesantes ensayos de menor extensión, obra de otros autores nacionales. De tales textos, si bien por medio de escogidos fragmentos, se desprende que el paso aquel de la *comunidad* a la *sociedad*, con todas sus

implicaciones sociológicas y psicológicas, no se dio por entero en nuestro medio, no obstante el esfuerzo del proyecto liberal de nación por civilizarlo, pudiendo concluirse que el meseteño no sabe vivir en ciudad, empezando porque no sabe nombrarla, y, como en la lengua reside el elusivo *ser* de los pueblos, puede que en ella resida también la respuesta a tal hecho.

Así, comenta Láscaris (1975, p. 67) que una primera observación importante sobre el meseteño es que en su lengua cotidiana “no existe la distinción castellana de: lugar, pueblo, villa y ciudad. Hay algo parecido en la Administración Pública... pero en la vida real no funciona. En Costa Rica todas son *ciudades*. (...) Todo núcleo urbano es llamado ciudad, de hecho; y de derecho cuando se puede... solo hay dos polos: montaña y ciudad. (...) El resultado es, y visible, que la vida en las ciudades es campesina”. Incluso, el autor va más allá cuando apunta que: “probablemente no se ha tratado de un dilema entre vivir en la ciudad y vivir en el campo, sino de vivir a la manera de la ciudad (racionalmente) y a la manera del campo, o mágicamente” (1975, p. 65).

Realizadas en los años setenta del siglo pasado, las atinadas observaciones de Láscaris demuestran que la resistencia a la dicotomía campo-ciudad por parte del meseteño en general y del josefino en particular, expresada en los cuadros de Jiménez y Langenberg, seguía viva aún; que la imagen urbana, su re-presentación, tanto en términos de control interno como de predominio externo, no había logrado

consolidarse todavía, a pesar de ser San José, en el sentido político, una *ciudad*, en tanto que capital de la República. Asumida así la no-consolidación de la ciudad como *idea* en el imaginario del josefino, cabe ahora preguntarse por qué se dio ese hecho, qué causas lo promovieron a condición existencial y cuáles la sostuvieron en el tiempo.



A la primera interrogación, puede responderse, con Bonilla (1971, pp. 272-273), que: “durante los tres siglos del coloniaje, que constituyeron nuestro período de formación nacional, no se consiguió formar una ciudad. Es este un hecho fundamental y determinante en nuestro ser histórico. (...) Cartago, el mayor núcleo de población y sede de los gobernadores, no fue una ciudad. Su magnitud física y humana era mínima; su acción directora y centralizadora se debía exclusivamente a que era el principal asiento de la raza blanca; [pero] carecía de medios de trabajo y sus gentes buscaron en los siglos XVII y XVIII la expansión rural y la disgregación (...), [mas] no para fundar nuevos núcleos de convivencia sino para aislarse en sus haciendas”.

De ahí que las fundaciones en el Valle Central Occidental –Heredia, San José, Alajuela y Escazú– solo fueran tardíamente desarrolladas durante todo el siglo XVIII, a fuerza de autoridad y contra la voluntad de los colonos. De ahí, también, que Láscaris llamara a nuestros

ancestros *enmontañados*, y *enmontañamiento* al eje fundante de la mentalidad del costarricense de la meseta. Continúa Bonilla (ibid., pp. 274-275): “Ciudad y campo, entonces como hoy, no son únicamente dos planos de coexistencia sino dos distintas concepciones de la vida que tienen una base histórica y que, además, determinan la estructura de una nación. Durante el proceso formativo colonial dominó el campo en Costa Rica y no fue sino en el siglo XIX cuando, por obra del mayor desarrollo económico y del espíritu liberal, se inició en San José la consolidación de la ciudad y con ella la del Estado, pero predominando en ellos un espíritu campesino (...)”.

Respondiendo así al porqué histórico del espíritu campesino del meseteño y su consecuente resistencia a la ciudad y a lo urbano, queda saldado también el porqué del *enmontañamiento* como condición existencial del *tico* y, más allá, de tal fenómeno como una de las determinantes de nuestra estructura nacional. Luego, si como refiere Bonilla, con San José se inició la consolidación de la ciudad en Costa Rica, cabe preguntarse si tal afirmación se logró o pasó siquiera de ser un hecho político, y si fue esa la causa que sostuvo en el tiempo al *enmontañamiento* dicho, como nuestra condición existencial espacio-temporal y por eso criolla por excelencia.

Al respecto, con Lefebvre (1976, p. 40) cabría responder que: “la ciudad política no es aún *lo urbano*. Apenas si lo intuye. No obstante, aunque la ciudad

política se halle tan enraizada como las comunidades rurales y muy marcada por su proximidad, la división (básica) del trabajo entre los dos estamentos de la sociedad ya ha tomado forma. Una serie de contraposiciones llamadas a desarrollarse, tales como trabajo material y trabajo intelectual, producción y comercio, agricultura e industria, se unen a la distinción entre ciudad y campo”.

¿Cómo se desarrolla entonces *lo urbano* como algo claramente diferenciado de *lo rural*? Lefebvre responde –y de su respuesta partiré para mi local propósito también–: “Nosotros hablamos de tres campos o terrenos. También podríamos decir que se ha dado sucesivamente el descubrimiento, la emergencia y la constitución de tres *continentes*: lo agrario, lo industrial y lo urbano. (...) Tres estratos. Tres épocas. Tres campos, no solamente de *fenómenos sociales*, sino también de sensaciones y percepciones, de espacios y de tiempos, de imágenes y de conceptos, de lenguaje y de racionalidad, de teorías y de principios sociales:

- lo rural,
- lo industrial,
- lo urbano,

con todas sus emergencias, interferencias, desfases, avances y retrocesos, desigualdades en el desarrollo. Y, sobre todo, con sus transiciones dolorosas, con sus fases críticas. He aquí, pues, lo que surge de los jalones del eje

espacio-temporal: unas hipótesis teóricas en proceso de verificación” (ibid., pp. 34-35 y 38).

Según Lefebvre (ibid., pp. 41-42): “La racionalidad industrial, al rechazar las particularidades, destroza pura y simplemente la naturaleza y todo lo que tiene relación con la *naturalidad*. Lo cual se traduce en una obsesión, en un segundo estadio de las conciencias, del pensamiento y del lenguaje. (...) ¿En nombre de qué lo hace? En nombre de la razón, de la ley, de la autoridad, de la técnica, del Estado y de la clase que ostenta la hegemonía. Todo es válido a la hora de legitimar y entronizar un orden general que corresponde a la lógica de la mercancía, a *su mundo*, construido por el capitalismo y la burguesía a escala verdaderamente mundial”.

En Costa Rica, durante la segunda mitad del siglo XIX y la primera del XX –la *República cafetalera*, de 1848 a 1948–, la formación social se desarrolló bajo un capitalismo agrario cuya característica básica fue la consolidación de una cúspide burguesa-oligárquica que dominó el proceso de concentración y centralización de la riqueza, proceso que a su vez permitió tanto la entrada del país al mercado mundial como el que su capital se consolidase como ciudad política. Empero, siguiendo la hipótesis de Lefebvre, la ausencia de *lo industrial* al cabo de ese siglo de acumulación originaria terminó a la postre por aplazar el paso de lo rural a lo urbano, como mínimo, en la ciudad capital y su área metropolitana, condición que se ha

sostenido en el tiempo, pues es perceptible hasta el día de hoy.

Tal ausencia de *lo industrial*, por lo menos desde el discurso político social-estatista —aquí autodenominado *social-demócrata*— trató de llenarse después de 1948 con la así llamada *modernización* de Costa Rica y de su Estado, proclama que, en esencia, quería significar la diversificación de su producción agrícola y el impulso a la industrialización, precisamente. Con ambos objetivos en mira, el Estado creció a un ritmo acelerado en un intento por simular economías de escala que redundó en la burocratización que empezó a saturar todos los ámbitos de la vida ciudadana costarricense, pero que en buena medida logró la primera de dichas metas. Con la segunda, en cambio, los resultados fueron ambivalentes.

Durante los años cincuenta, como parte del proceso de diversificación económica, se dio una rápida expansión del capital tanto en la ciudad como en el campo, así como una creciente participación económica del Estado, que dieron como resultado el desarrollo de un mercado interno más amplio y dinámico. Por ello, la industria recibió un estímulo básico para su crecimiento al generarse a su vez una creciente demanda interna de productos de consumo directo (Esquivel, 1985). Así, con el ingreso del país al Mercado Común Centroamericano, en 1963, alentado por el optimista clima de la Alianza para el Progreso, parecía que, en efecto, la predicada *modernización* se traduciría en *industrialización*; no obstante, como advierte



Juan José Pucci, Paisaje urbano, San José centro.

Vega Carballo (1986, p. 356), usar tal término para referirse a lo que estaba sucediendo entonces es inexacto; se trataba, en suma, de lo que se ha llamado la *industria sin industrialización*.

Ciertamente, el crecimiento del sector industrial provocó un cambio en la economía regional, al desplazar al café como la principal actividad productiva en las cercanías de la ciudad capital, sentando así las bases de su correlato territorial: la aparición de un *espacio urbano metropolitano* (Vargas y Carvajal, 1988). No obstante, ese crecimiento de la huella urbana no implicó necesariamente que la

división social del trabajo, y consecuentemente las relaciones sociales de producción, sufrieran en realidad transiciones dolorosas ni que se vieran sometidas a fases críticas de esas que racionalizan el imaginario social irreversiblemente.

El potencial trauma social se palió en buena medida gracias a la educación masiva desarrollada en paralelo con la diversificación económica, escolaridad que confundió la urbanidad con las *buenas maneras* y no enseñó jamás a *vivir en ciudad*, proceso intrínseco a la industrialización. Como señalara Pacheco (1976, p. 102): “con la creación masiva de escuelas y colegios de enseñanza media en todas las cabeceras de los cantones y aun en distritos lejanos, el campesino ha comenzado a desaparecer. Lo desplaza, con base en una culturización artificial de nuestro pueblo, una clase media de una mentalidad campesina intacta”.

La artificialidad de tal culturización se vio reforzada por la absorción laboral de gran parte de esos estratos medios por la burocracia estatal, con lo que la apariencia de modernización de pretensión industrial –por demás limitada al centro de la aglomeración urbana dicha– pareció real al menos durante la llamada *edad de oro de la clase media* costarricense, de 1950 a 1978, es decir, mientras los precios

internacionales del café y del petróleo así lo permitieron: limitación burguesa sobre un trasfondo campesino (Ulloa, 1986, p. 138).

En realidad, era el fracaso de lo urbano en Costa Rica, el producto del no-desarrollo de un espacio-tiempo renovado por la racionalidad industrial y convertido por eso en racionalidad urbana, es decir, humana. Esa carencia de conflictividad a fondo entre lo rural, como pasado y *tradición*, y lo urbano, como presente y *progreso*, ocasionada por la ausencia de



Juan José Pucci, Paisaje urbano, San José centro.



Juan José Pucci, Paisaje urbano, San José centro.

industrialización, llevó a la convivencia de sus formas en una ciudad política que no logró por esa razón consolidarse como imagen *–re-presentación–*, puesto que nunca fue vivencia *–presentación–* de lo por-venir en el horizonte psico-social de los josefinos.

Industria sin industrialización, crecimiento urbano sin urbanidad: San José se quedó en el pliegue ese, en ese entreacto fallido entre *lo rural y lo urbano*, campo ciego pleno de contradicciones espaciotemporales. Lo que vino entonces, sobre todo a partir de la década de 1960, fue el abandono paulatino de las áreas residenciales propiamente urbanas, de los barrios josefinos históricamente ubicados en el centro mismo de la ciudad de San José, que experimentaron desde entonces una reducción absoluta en sus contingentes demográficos y que poco a poco se

despoblaron, ya antes de la debacle urbana de la década perdida de 1980.

Así, lo que se había iniciado un siglo atrás y que en estas líneas ilustramos con la falta de horizonte de un pintor local frente a uno extranjero *–la argumentada resistencia ancestral del meseteño a lo urbano–*, ha llegado a amenazar incluso la preponderancia política de la capital, una ciudad difuminada en medio de su área me-

tropolitana que hoy ni siquiera alberga la sede del Poder Ejecutivo de la nación, ni tampoco, en un sentido estricto, la de su propio gobierno local, para no mencionar el deterioro de zonas completas de su casco ni la lumpenización que caracteriza a lo que resta de sus barriadas.



Desde hace dos décadas, ciertamente por medio de la acción política, tan sombrío panorama ha empezado a cambiar: se le ve en la estructura al centro de la ciudad y lo constatamos cotidianamente quienes vivimos en ella. Empero, eso no es aún, ni de lejos, la urbanidad como estadio existencial del josefino ni menos del *tico*. Por eso se impone ahora el re-poblamiento urbano, un proceso de aprendizaje humano, sin embargo, que

por socialmente deseable y deseado puede dejar de lado los factores históricos y sociológicos que este texto ha querido aportar -así sea de modo impresionista- atenido a limitaciones editoriales. Ya llegará el momento y la oportunidad de ampliarlos como planteamientos hipotéticos, de profundizarlos como reflexiones teóricas y, quizás, de afirmarlos como la base concreta de la que debe partir cualquier intento de construcción de una urbanidad criolla en el actual contexto histórico de inserción de la producción nacional en una economía pos-industrial, mundializada y mediatizada por la revolución en marcha de las telecomunicaciones.

Si, como resulta evidente, la razón de fondo para que hoy se plantee con insistencia la necesidad de re-poblamiento del centro capitalino está en su abandono por parte de los habitantes que le eran habituales desde la segunda mitad del siglo XX, en este ensayo escrito apenas a inicios del siglo XXI he preferido esbozar la raíz *estructural* de tal problema, antes que pretender profundizar en la epidermis *coyuntural* del mismo, como se haría, a mi profesional juicio, con cualquier otro tipo de propuesta.

#### Referencias

- Barahona Jiménez, Luis. 1975. *El gran incógnito*. San José: Editorial Costa Rica.
- Bonilla, A. (1971). Abel y Caín en el ser de la nacionalidad costarricense. En Ferrero, L. (comp.). *Ensayistas costarricenses* (pp. 271-282). San José: Librería Antonio Lehmann.
- Bustamante de Rivera, T. (1996). *La ciudad de San José. Ensayo Histórico*. San José: Municipalidad de San José.
- Cordero, J. A. (1964). *El ser de la nacionalidad costarricense*. Madrid: Editorial Tridente.
- Esquivel, F. (1985). El desarrollo del capital en la industria de Costa Rica. 1950-1970. Heredia: Editorial de la Universidad Nacional.
- González Dobles, J. (1995). *La patria del tico: interpretación del ser costarricense*. San José: Logos Editorial-Editorial Antares.
- Láscaris, C. (1975). *El costarricense*. San José: Editorial Universitaria Centroamericana.
- Lefebvre, H. (1976). El campo ciego. En *La revolución urbana* (pp. 29-52). Madrid: Alianza Editorial.
- Mumford, L. (1979). *La ciudad en la historia* (Tomo I). Buenos Aires: Ediciones Infinito.
- Pacheco, L. (1976). El costarricense en la literatura nacional. En *Puertas adentro, puertas afuera* (pp. 91-148). San José: Editorial Costa Rica.
- Quesada Soto, A. (2008). *Breve historia de la literatura costarricense*. San José: Editorial Costa Rica.
- Rodríguez Vega, E. (1953). *Apuntes para una sociología costarricense*. San José: Editorial Universitaria UCR.
- Rojas, J. M. (1990). *Costa Rica en el arte*. San José: Museos del Banco Central de Costa Rica.
- Ulloa, R. (1986). Ser, arte, comunicación y crítica. En *Arte y crítica en el siglo XX* (pp. 123-143). San José: Editorial de la Universidad a Distancia / Círculo de Críticos de Arte de Costa Rica.
- Vargas Cullel, J. y Carvajal, G. (1988). El surgimiento de un espacio urbano metropolitano en el Valle Central de Costa Rica: 1950-1980. En Fernández R. y Lungo, M. (comp.). *La estructuración de las capitales centroamericanas*. San José: Editorial Universitaria Centroamericana.
- Vega Carballo, J. L. (1986). *Hacia una interpretación del desarrollo costarricense: ensayo sociológico*. San José: Editorial Porvenir.